

ANTONIO JESÚS
RUBIO MUÑOZ

*Mi
mitad
oscura*

malbec
pocket

Mi mitad oscura

Antonio Jesús Rubio Muñoz

Editor: Javier Salinas Ramos
MALBEC EDICIONES – MALBEC POCKET
© 2018, Antonio Jesús Rubio Muñoz

Primera edición: Marzo de 2018
Diseño portada y cubierta: Santiago González Prieto
Revisión: Javier Salinas Ramos

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, electró-

nico, mecánico, fotocopia, grabación, etc, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Antonio Jesús Rubio Muñoz

Antonio Jesús Rubio Muñoz es un joven de Los Barrios (Cádiz). Desde pequeño le apasionó tanto la lectura como la escritura. A muy temprana edad, consumía literatura madura como Agatha Christie, lo que hizo que su curiosidad por el mundo del crimen y los misterios fuera creciendo a la velocidad de la luz. Ya en ese tiempo, escribía relatos y pequeñas novelas que compartía con muy pocos por vergüenza, hasta que llegó el día en que decidió darse a conocer.

Tiene dos novelas publicadas: *El secreto de los girasoles* y *El Infierno del Bosco*, además de esta novedad: *Mi mitad oscura*, lo que augura una larga carrera para este joven autor.

Puedes seguirlo en:

Facebook: <https://www.facebook.com/antonio.rubiomunoz>

Instagram: <https://www.instagram.com/antonio.jesus.rubio>

Twitter: https://twitter.com/antoniorubio_91

Tal vez esto nos dé qué pensar, pero también debería darnos una esperanza: la esperanza de que este tipo de crímenes «inexplicables» se pueden, sin embargo, explicar y entender, y de que, por consiguiente, es posible tomar medidas para resolverlos y, tal vez, evitar que sucedan

Robert. K. Ressler

*A mi querido abuelo, que al fin se reencuentra con el amor
de su vida.
Ambos vuelven a ser felices juntos.
Os quiero.*

1

Esa noche de principios de octubre, el viento soplaba con fuerza, pero aún persistía el calor pegajoso del verano que no terminaba de irse. Las macetas en el balcón parecían bailar al son de alguna música imaginaria y los cristales de las ventanas tenían vida propia. A pesar de todo eso, el resto del mundo parecía dormir tranquilamente a las seis de la mañana, excepto la panadería que estaba situada bajo el piso de alquiler de Alba.

José, su marido, terminó por apartar a un lado el trozo de sábana que se le estaba quedando pegada a la piel, se giró hacia la mesita de noche y alargó la mano tanteando sobre la vieja madera de roble en busca del mando del aire acondicionado. Tuvo que apartar a un lado las gafas de lectura y el libro que estaba leyendo en ese momento hasta alcanzar el condenado mando que estaba colocado al final. Una vez dio con él, presionó al botón y comenzó a sentir poco a poco el fresco en el rostro. Entonces quiso asegurarse de que su mujer también recibía el frescor y que dormía plácidamente, pero se llevó una sorpresa al verla jadear con cara de disgusto. Estaba claro que volvía a tener la mis-

ma pesadilla que la atormentaba desde hacía meses. Ya no sabía qué hacer con el tema, era algo que le superaba y que le estaba pasando factura. Se sentía impotente cada vez que Alba empezaba a temblar en mitad de la noche y arrancaba, primero a gritar y después, a llorar, en un llanto largo y prologado. Notó que se aproximaban los gritos ya que comenzaba a balbucear mientras negaba con la cabeza; los dedos de las manos y los pies los tenía tensos como si fuesen cuerdas de tender y la piel se le tornó de un blanco que incluso asustó a José. El primer grito ahogado llegó tal y como se esperaba, corto y seguido de una respiración entrecortada. Después comenzó a temblar de pies a cabeza y a gritar como si estuviese completamente loca.

—Ssshhh —dijo él—. No te preocupes cariño, que estoy aquí contigo.

Finalmente, Alba se despertó y comenzó a llorar como una niña pequeña y desconsolada a la que su madre había castigado sin salir a jugar por no comer la verdura.

—Dios mío... —balbuceó entre sollozos—. No puedo más con esta situación, José. Ha sido totalmente horribl...

No pudo siquiera terminar la frase. Se refugió en los brazos de su hombre, que le besaba la frente y apartaba los cabellos pegados en las mejillas a causa del sudor. Con la mirada vacía, se quedó petrificada observando a través del ventanal el oscuro cielo como hacía cada noche que las pesadillas la visitaban. Eso la ayudaba a pasar el mal trago. Poco a poco, su cuerpo fue relajándose hasta volver a la normalidad.

—¿Qué ha sido esta noche? ¿Otra vez Alicia?

—Siempre es Alicia... —su voz sonó cansada, como si la mujer se fuese apagando poco a poco.

—Quizás deberías ver a un especialista, no puedes vivir así toda tu vida.

—No es eso, es solo que se acercan tiempos difíciles para mí y estoy algo cansada. ¿A qué día estamos hoy? —preguntó inmersa en elucubraciones.

José miró el reloj de la mesita de noche donde marcaba el día y hora.

—Estamos a cuatro de octubre.

Ella resopló y se volvió en la cama dándole la espalda. Se sentía totalmente exhausta y sin fuerzas ya que llevaba sin dormir bien desde hacía mucho tiempo.

—Ya solo quedan dos días... —susurró para sí.

—¿Qué dices? Cariño, no te entiendo.

Alba negó con la cabeza sin tan siquiera mirarle.

—Nada, no he dicho nada. Intentemos dormir un poco.

2

A la mañana siguiente, Alba se despertó tarde y permaneció un buen rato en la cama sin hacer absolutamente nada. Solo necesitaba dejar la mente en blanco por un tiempo antes de levantarse y comenzar a hacer las tareas de la casa.

José ya se había ido a trabajar y había apagado el despertador para dejarla descansar hasta que su cuerpo se hubiese recobrado por completo. Necesitaba descansar y él lo sabía. Siempre que sufría de sus pesadillas apagaba la alarma y le dejaba en la mesa de la cocina un café que tendría que calentarse en el microondas y unas tostadas para que las pusiese en la tostadora con mantequilla y mermelada de fresa. Era su pequeño ritual de pareja; una pareja que vela día y noche por el bienestar del otro y conoce a la perfección lo que debe hacer como seña de un amor auténtico.

Alba se levantó y duchó mientras encendía la radio y ponía algo de música. El Sol entraba con fuerza en la habitación a través de la ventana que previamente José había abierto para ventilar la casa. Fuera había vida, la gente hacía sus labores y reía en la panadería.

Cuando se secó con la toalla, se la enrolló en el cuerpo y se dirigió a la cocina para desayunar. Sobre la mesa de mármol antiguo se encontraban una taza de café, unas tostadas en un plato y una pequeña tarjeta que rezaba: «Buenos días, cariño. No he querido despertarte. Te he dejado el desayuno y, por favor, piénsate lo del especialista. Te quiero, José».

Ella sonrió y desayunó sumergida en sus pensamientos. Quizás su marido tuviese razón y debía ponerse en manos de personas que realmente pudieran ayudarla con su problema, con su trauma. Ni ella, por sí misma, ni el hombre que dormía a su lado eran capaces de poner punto final a un asunto tan complicado.

Todo parecía dar a entender que las pesadillas eran cosa del pasado. En su adolescencia soñaba todas y cada una de las noches con la perturbadora imagen de su amiga muerta. Esa horripilante imagen donde veía a Alicia semi-desnuda, maniatada y con la mirada vacía hacia el cielo. Alicia fue asesinada hace veinticinco años por su novio, que la estranguló después de abusar sexualmente de ella.

Esto ocurrió en su pueblo natal, un pequeño pueblo llamado Los Barrios, situado al sur de España, en el Campo de Gibraltar. Hoy en día, Los Barrios había crecido muchísimo, pero Alba no tenía ni idea ya que hacía veinticinco años que había huido de aquel lugar que tan malos recuerdos le aportaba. Se mudó a Granada con la intención de escapar de la realidad, aunque a sus padres les había dicho que lo que quería era estudiar. Había sido una realidad que encubría otra realidad mayor.

Las pesadillas habían desaparecido desde que llegó a la ciudad de la Alhambra con el corazón partido en dos. Lo había dejado completamente todo en el pasado: sus padres, su amiga Marta (a la que había abandonado sola con el dolor que te deja la pérdida de una amiga de la infancia) y casi todos sus recuerdos. El psicólogo dijo a sus padres que era normal que actuase de esa forma, que cada uno tiene una manera diferente de enfrentarse a una situación

estresante o dramática. Así que un día hizo la maleta y se fue a Granada a comenzar una nueva vida.

Pero todo se le hizo cuesta arriba cuando las pesadillas volvieron unos meses atrás y, aunque ella creía saber el porqué, temía que su amiga asesinada estuviese alertándola de algo que se avecinaba. Un peligro inminente del que no podría escapar.

El teléfono móvil comenzó a vibrar sobre la mesa y la sacó de sus pensamientos. En un principio creyó que sería su marido para preguntarle cómo había pasado el resto de la noche, pero para su sorpresa, se trataba de una amiga de la infancia a la que no veía desde hacía muchísimos años. Marta, de Los Barrios, la estaba telefoneando tras años sin hablar con ella. Alba recordaba que una vez hablaron por el chat de Facebook para ponerse al día, pero la conversación se había vuelto fría y sin sentido, aunque en el fondo fuesen tan inseparables como desde el primer día.

—Dios... Marta —expuso animada y a la vez sorprendida—. ¡Qué grata sorpresa saber de ti!

—Alba, cariño. ¿Cómo estás? Hace muchísimo tiempo que no sé nada de tu vida.

—Pues por ahora nada nuevo... —se rascó la cabeza y bostezó aún somnolienta—. José se ha ido temprano para abrir la cafetería y yo desde que terminé mi contrato de trabajo como administrativa no he vuelto a trabajar. Antes nos repartíamos las tareas domésticas, pero ahora que no trabajo me estoy dedicando a tiempo completo a la casa. ¿Y tú qué?

Marta se mantuvo varios segundos en silencio al móvil como esperando el momento oportuno de la conversación para comunicar la verdadera intención de su llamada.

—Nosotros, muy bien. Darío y yo estamos mejor, ya no discutimos por tonterías y Manuel va bien con los estudios. Pues ya ves..., aquí estamos después de tantos años..., con nuestras vidas hechas. Parecía que iba a ser imposible después de aquello, ¿verdad?...

Alba carraspeó incómoda y su amiga lo notó de inmediato. Sabía perfectamente por qué la llamaba justamente ese día.

—Dime directamente qué quieres —espetó.

De repente, su amiga comenzó a llorar y le costaba articular palabra.

—Mañana se cumplen los veinticinco años de condena de Pedro y verá de nuevo la luz. ¿Entiendes, Alba? Ese mal nacido volverá a estar libre por el pueblo como si nada...

—Marta tuvo que parar para sonarse los mocos y poder continuar. Mientras tanto, Alba permanecía callada con ojos vidriosos—. No me siento segura con ese desalmado por Los Barrios como si nada después de lo que le hizo a Alicia... Tengo miedo por mi hijo..., y por mí.

—Ya sabía que mañana ese hijo de puta salía de la cárcel. Por eso mis pesadillas han vuelto. Pero no..., no entiendo el porqué de tu llamada.

—Porque mañana te necesito aquí conmigo —lloró—. Es muy duro enfrentarse a los fantasmas del pasado sola.

Alba negó con la cabeza de manera frenética ante la súplica de su amiga a pesar de saber que no podía verla. Era como un acto reflejo. Le tembló la voz al contestar.

—No... puedes pedirme eso... No quiero volver a ese pueblo.

—Por favor... te lo suplico. Necesito pasar por esto contigo. No vuelvas a dejarme sola...

Una lágrima cayó por su mejilla y cerró con fuerza los ojos en un intento tonto de desvanecerse. Pero no siempre se pueden huir de las situaciones incómodas, a veces hay que plantarles cara.

—Deja que me lo piense. Te llamaré con lo que sea... Adiós.

—Muchas gracias.

Lo último que Alba escuchó antes de colgar fue cómo su amiga se sonaba los mocos y reía al saber que existía una remota posibilidad de haber convencido a la mujer. Ésta resopló agachando la cabeza y comenzó a llorar en silencio.

